

El visitante.

Luisfe



Capítulo 1

El visitante

Ojalá escribiendo esto pueda dejar en el pasado y olvidar para siempre, esta espantosa noche. Han pasado unas horas de que me encuentro sin electricidad, por suerte encontré una vela que enciende a duras penas un incipiente fuego y gracias a el puedo redactar este relato. Con lo escrito, yo Christopher Blanco no pretendo convencer a nadie, solamente me quiero distraer...

El comienzo de la noche fue agradable y fresco al igual que las demás. Estaba despejada y la luna sonreía en lo alto de los cielos. Me llevé un libro a la cama para conciliar el sueño y cercano a la medianoche, seguramente, ya dormía.

No fue mucho lo que pude llegar a dormir puesto que un molesto ruido me despertó. Parecía ser que alguien caminaba afuera de mi habitación y que arrastraba algo con su andar, chirriaba al igual que el desagradable sonido del metal oxidado. Pasó un momento y se dejó de escuchar.

Me preparaba para dormir nuevamente, pero antes de cerrar los ojos, vi la silueta de una persona cruzando la pared, desde un extremo a otro. Mi corazón latió de una manera inconsolable y lo hizo más aún cuando le escuché que golpeaba la ventana, a mi lado. La sombra del Ser se difuminaba por detrás de mis cortinas y volvió a golpear la ventana una segunda vez. Yo estaba paralizado, viendo su sombra.

— ¿Tienes un poco de sal? —. Me preguntó.

En mi mente el pensamiento era uno y mis acciones, se negaban a responder, sentía que si lo hacía, iba a morir. Por un corto lapso de tiempo no escuché nada más que mi ahondado respirar y los latidos de mi corazón. Entonces, lo que estaba allí afuera, se alejó de la ventana y rodeaba mi patio trasero, haciendo sonar sus pesadas cadenas.

Me armé de valor y rápidamente aseguré mi puerta, aproveché de igual manera de prender la luz, sin embargo, al momento de presionar el interruptor la lampara estalló. Escuché aquel Ser entrar en la cocina y lentamente caminó hasta posarse detrás de la puerta de mi habitación.

Golpeo la puerta con uno de sus dedos y después de dar tres golpes me preguntó nuevamente:

—¿Tienes un poco de sal? —. Su voz era áspera y de baja frecuencia.

—¡Vete de aquí! — Le ordené.

—No hasta que me des la sal—

—En la cocina hay sal, ya has pasado por allí. Tómala y lárgate por favor—. Le indiqué.

Estuvo un buen momento sin decir nada, hasta que dijo:

— No la puedo ver. No necesito ver en el lugar donde habito pero si puedo escuchar y oler muy bien. Sin embargo, la sal no tiene olor, no la siento. Por lo mismo, necesito que me la des...—.

De la nada un aire frío recorrió mi espalda y escuché justo por detrás de mí, aún en la oscuridad:

— Si no lo haces, vendrás conmigo esta misma noche y el lugar donde iremos está eternamente maldito Christopher. Solo dame un poco de sal.— Cuando me volteé no había nadie pero una estela putrefacta rondaba la habitación.

Saqué del velador una vela que tenía guardada en caso de emergencia y también encontré fósforos. Con mucha precaución abrí la puerta de mi habitación, el espantoso hedor se podía sentir. Crucé hacia la cocina y saqué la sal, retorné rápidamente pero a mitad de camino el me paralizó.

Del interior, en la oscuridad del pasillo pude ver aquello se acercaba. Salió por la habitación de hospedaje y a la luz del fuego le pude observar. Era alguien muy alto, desnudo y sin sexo. El hedor que provenía de él me hizo saber a quien me enfrentaba; Olor insoportable, a cadáver en estado de putrefacción, olor a muerte. Cuando le vi más de cerca, me di cuenta que, no tenía cabello y su cuerpo se desprendía a pedazos. Tampoco tenía ojos, solo huecos negros que se posaban sobre su nariz larga y filosa.

—Tu alma revolotea como un pájaro asustado Christopher, sin embargo, todavía no es tu hora— Mencionó, pero nada podía hacer frente a aquella presencia tan absorbente. Evité seguir viéndole el rostro pero al ver detrás de él, me percaté que en las paredes del pasillo, emergían multitudes de sombras, que se reflejaban a la luz del fuego de la vela, se lamentaban y suplicaban. —¿Llevas la sal contigo?— Me preguntó.

— Si— Le respondí con una voz tan apagada como el vacío.

— Esplendido— Dijo con un sutil tono de regocijo.

—Aún así, en la soledad no me iré. Deja la bolsa en la ventana de tu

habitación. —Me ordenó y yo sin decir nada, entré a mi cuarto.

Fui hacia la ventana y dejé allí la bolsa de sal. Escuché al rato el aletear de un pájaro del color de la noche que con sus patas agarró la bolsa y sin ir hacia el cielo, se dirigió bajo la tierra, traspasando el suelo como si la sal y el, fueran de humo.

Momento después escuché un alarido en una casa vecina y para el colmo, volví a despertar. Estaba sudado, mis pálpitos acelerados, mi respiración entrecortada. Fue una pesadilla, pensé, la más horrorosa que había tenido en mi vida. Pero no. Creía mal. La habitación aún olía a podredumbre y al tratar de encender la luz no encendió. Entonces supe que la muerte había prescindido de mi, pero como me había dicho, sola, no se iba a ir.

Espero, poder olvidar.